

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS VII JORNADAS

1997

Patricia Morey

José Ahumada

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



EL ORGANISMO COMO REPUBLICA. GEORGES CABANIS Y LOS FUNDAMENTOS DE LA PSICOFISIOLOGÍA

Este trabajo pretende examinar los fundamentos de la psicofisiología moderna, tal como ella se formula en los *Rapports du Physique et du Moral dans l'homme* (1802) de Georges Cabanis (1757-1808). La tesis más general de la psicofisiología de Cabanis establece que las ideas y las voluntades, esto es, la totalidad de la conciencia, son el último resultado de una función orgánica, común a todos los seres vivos: la sensibilidad. "La sensibilidad física -reza el "Prefacio" a los *Rapports...*- es el último término al que se llega en el estudio de los fenómenos de la vida" y, a la vez "... el principio más general que resulta del análisis de las facultades intelectuales y de las afecciones del alma" (1). Señalemos tres puntos. En primer lugar es claro el supuesto monista que sustenta esta tesis. La psicofisiología se constituye no por el establecimiento de una relación entre lo moral y lo físico sino por la disolución de la moral en lo físico. "Así, -continúa Cabanis- lo físico y lo moral se confunden en su origen, o mejor, la moral no es más que lo físico, considerado según ciertos puntos de vista particulares" (2).

Debe notarse, por otra parte, el ambicioso proyecto enciclopédico en el que esta tesis se inscribe. El conjunto de las llamadas ciencias morales -historia, legislación, economía política, geografía- deben considerar sus respectivos objetos como distintas manifestaciones de un único fenómeno general, la sensibilidad, cuyas leyes rigen para la totalidad de los fenómenos humanos. La fisiología es así la ciencia primera, el tronco común del que nacen todas las ciencias del hombre (3).

Por último, al considerar la conciencia y la totalidad de los hábitos morales en función de las propiedades del organismo vivo, el médico extiende su competencia al conjunto de los sufrimientos humanos, públicos y privados, y hace de la medicina una ciencia moral. Se institucionaliza así un nuevo tipo de intelectual, protagonista principal del humanismo moderno hasta bien entrado nuestro siglo, el médico filósofo, cuya vocación antropológica recupera el antiguo ideal hipocrático: llevar la filosofía a la medicina y la medicina a la filosofía (4). En lo que sigue nos dedicaremos exclusivamente a examinar aquella tesis, y la originalidad de la psicofisiología que funda.

I

Entre 1756 y 1760 aparecen en Lausanne, en cuatro volúmenes, las *Mémoires sur la nature sensible et irritable des parties du corps animal*, de Albert von Haller, obra clásica de la fisiología ilustrada. A través de una vasta serie de experiencias, Haller prueba en ese ensayo la presencia en los seres vivos de tres fuerzas, a saber, la elasticidad (*vis mortua*),

fuerza pasiva que existe en todas las fibras animales y vegetales y que persiste luego de la muerte; la irritabilidad (*vis viva*), que coincide con la facultad de movimiento y reside exclusivamente en la fibra muscular y por último, la sensibilidad (*vis nerviosa*), responsable de los fenómenos sensoriomotrices y cuya sede exclusiva es el nervio. La originalidad de la fisiología halleriana reside en esta distinción entre fibras musculares irritables y fibras nerviosas sensibles. La irritabilidad se manifiesta por el simple movimiento del músculo excitado; la fibra sensible, por el contrario, "es aquella que al ser tocada, transmite el alma la impresión de ese contacto" (5). La sensibilidad es pues, un fenómeno exclusivamente conciente cuya sede, los nervios, pasan a ser considerados "organes sentantes".

Opongamos ahora a esta tesis aquella que llamaremos, en términos generales, vitalista, y que llega a Cabanis a través de la escuela de Montpellier (6). Según ésta, la sensibilidad es una función igual y homogéneamente repartida en la totalidad del organismo. Luego, no es el nervio su sede específica; todo órgano es sensible y cada uno de ellos está dotado de una sensibilidad particular que rige sus relaciones con el conjunto. Quisiéramos ilustrar esta oposición aplicándola a un problema específico que, a un año de la caída de Robespierre, preocupaba especialmente a los médicos y a la opinión pública en general. Se trata de saber si los movimientos espasmódicos de las cabezas guillotizadas debían ser considerados signos de sensibilidad y por lo tanto de dolor. La fisiología de Haller negaba claramente esa posibilidad en tanto consideraba los fenómenos concientes en relación a un sistema nervioso fuertemente centralizado, subordinado directa o indirectamente al gobierno del cortex-médula. Ahora bien, un médico vitalista, J.P. Sue, escribe en una publicación periódica un artículo donde afirma, contra la tesis de Haller, que cualquier movimiento en un organismo íntegro o amputado testimonia la presencia de sensibilidad y por lo tanto debe explicarse por ésta. "La sensibilidad -escribe- está en todas partes" (7). Según esto, no sólo la cabeza, sino también el cuerpo sufría el golpe de la cuchilla. El joven Cabanis interviene en esta polémica a través de un breve escrito en el cual, en aparente paradoja, sostiene las tesis principales de ambos contendientes. En pocas páginas prueba, con Haller, que sólo los nervios son sensibles, y niega que la parte aislada del todo pueda ser sujeto de conciencia (8). Sin embargo, recupera enseguida la tesis fundamental del vitalismo que discute: "La vida -escribe- está en todas partes; en consecuencia, hay en todas partes placer y dolor" (9).

Esta posición se resuelve cuando años después, en los *Rapports ...*, la psicofisiología puede formular una clara distinción entre sensibilidad y conciencia, distinción que, por diferentes razones, tanto Haller como el vitalismo desconocen. No hay duda, escribe Cabanis, que la conciencia de las impresiones supone siempre la acción de la sensibilidad, pero la inversa no es verdadera: la sensibilidad no supone necesariamente la conciencia de las impresiones. En efecto, escribe Cabanis, la sensibilidad "determina un gran número de funciones importantes y regulares sin que el yo reciba ninguna advertencia de su acción" (10). Es por esto que la diferencia entre conciencia e inconciencia no supone, como sostenía la tesis de Haller, la diferencia entre dos órganos diferentes -fibra irritable, nervio sensible-. Hay movimientos sensibles sin sensación de movimiento, y por lo tanto, impresiones recibidas que no son impresiones percibidas. Luego, "si llamamos sensación a

la impresión percibida, hay verdaderamente una sensibilidad sin sensación" (11). La psicofisiología de Cabanis define así el espacio interno de una sensibilidad inconsciente.

II

Debemos recalcar dos puntos fundamentales a esta psicofisiología, que son condición de la noción de sensibilidad inconsciente que ella inaugura y cuya complejidad e importancia difícilmente puedan ser agotadas aquí. En primer lugar hay que señalar que esta distinción entre sensibilidad y conciencia exige el abandono del arco reflejo como modelo privilegiado de la fisiología del sistema nervioso: no hay aquí ninguna diferencia entre función sensible y motriz o, en general, entre sensibilidad y movimiento. Según esto, "todos los movimientos que forman parte de las funciones de la economía animal, dependen de las impresiones recibidas por las diversas partes que componen los órganos y esas impresiones de su facultad de sentir" (11a).

En segundo lugar hay que insistir en que la noción de sensibilidad inconsciente tiene como condición de posibilidad histórica un giro conceptual, sobre el que se erige la fisiología moderna, por el cual la función en general, -y en este caso particular, la sensibilidad- deja de considerarse como finalidad específica de un órgano -cortex-médula y sus extremidades- y pasa a entenderse como finalidad específica de una organización. En el primer caso, el órgano se concibe como un instrumento. En el segundo, se concibe como un individuo. La fisiología halleriana, que entendía la función como el movimiento de un órgano bien delimitado en la geografía anatómica, era especialmente permeable a las analogías mecánicas. Esta fisiología, por su recurso al concepto de organización, es especialmente permeable a las analogías políticas: las relaciones entre las partes dejan de ser relaciones instrumentales entre trabajadores y pasan a ser relaciones sociales entre sujetos (12). Formularemos aquí una tesis general, cuya discusión excede el marco de esta ponencia: la fisiología de Cabanis resulta de concebir el organismo como una república federativa de órganos ligados entre sí por un centro común. Quede claro por ahora el carácter problemático de este sistema republicano, que debe conciliar la autonomía de las partes y su sumisión al centro que las une.

Lo anterior, en efecto, exige, en primer lugar, la descentralización del sistema nervioso, el cual, escribe Cabanis, "es susceptible de dividirse en muchos sistemas parciales inferiores, cada uno de ellos con su centro de gravedad y su punto de reacción particular, donde las impresiones se dirigen y de donde parten las determinaciones de movimientos" (13). Al otorgar a cada centro una sensibilidad particular, esto es, un modo característico de ser impresionado y actuar en consecuencia, Cabanis tiende a concebir sus movimientos por analogía a la acción de un sujeto libre. Cada centro es, literalmente, un "yo parcial" (14), y la organización en su conjunto es la totalidad de las relaciones que esos sujetos establecen entre sí. Pero por otra parte, el cerebro-médula es la sede del yo consciente, el centro común a todos los centros. Así, aunque se pueda considerar todo centro de reacción como una suerte de verdadero yo, "es cierto que en la organización animal, el yo, tal como nosotros lo concebimos, reside en el centro común" (15). La conciencia, en fin, es resultado de la

comunidad de "voluntades parciales" que corresponden a cada centro, pero de las cuales "no podemos tener idea neta" más que por su relación con el centro que las unifica (16).

III

Hasta aquí, la psicofisiología venía a agregar a las sensaciones externas, la sensibilidad interna como fuente de ideas y hábitos morales. Pero hay una nueva operación de la sensibilidad, original a esta psicofisiología -aunque extraiga sus términos del vitalismo clásico-, y que inaugura una interioridad aún más profunda que la que resultaba del conjunto de impresiones internas. A partir de aquí, la sensibilidad deja de definirse como la recepción de impresiones internas o externas; independientemente de éstas, el sistema nervioso recibe impresiones que resultan de cambios producidos en su propio interior. La sensibilidad se traduce entonces en una acción específica del sistema sobre él mismo, por la cual "se producen verdaderamente nuevas fuerzas, por la nueva manera en que el sistema nervioso se ve afectado" (17). Ahora bien, el productor de esta fuerza se concibe como un "hombre interior" (18), que rige oscuramente el conjunto de todas mis impresiones, concientes o inconcientes, y cuyas manifestaciones proteicas comprenden una amplia gama de fenómenos normales y patológicos que serán objeto privilegiado del médico filósofo. Este hombre interior es omnipresente; no hay movimiento orgánico o hecho de conciencia que no determine o permita. Todos los fenómenos vitales, en fin, "no hacen más que manifestar hacia afuera sus secretas disposiciones" (19). Son estas disposiciones secretas las responsables de los accesos maníacos, en los que se produce una suerte de "estupor" de los sentidos externos, que devienen totalmente insensibles, y un acrecentamiento exagerado de las fuerzas motrices que no guarda relación con la complejión física del enfermo. También deben atribuírse a este hombre interior aquellos delirios bizarros en los que el individuo, aún manteniendo casi intacta su sensibilidad externa y su capacidad de juicio, cree que su cuerpo se extiende sin límite, infinitamente, o que sus miembros son de vidrio y pueden romperse al menor contacto (20). Pero la total autonomía del sistema nervioso permite una noción de la locura original, por la cual ésta no viene ya considerada según el modelo del delirio y del error, como una confusión entre impresiones internas y externas, sino como la transformación radical del individuo, por la aparición súbita y repentina, de un sujeto extraño y hasta ese momento oculto. (21).

Por otra parte, las manifestaciones del hombre interior no se limitan al ámbito de las enfermedades morales sino que comprenden también un conjunto de estados liminares, no necesariamente mórbidos. A estas secretas disposiciones deben atribuírse la hipersensibilidad de los púberes y los hipocondríacos, de las mujeres vaporosas, y de los hombres que abusan de los placeres del amor, a quienes el menor movimiento sume en tremenda agitación; de las mujeres mesméricas, en fin, que son incapaces de ver un gesto sin sentirse profundamente conmovidas. Se ve, finalmente, cómo la noción de sensibilidad permite establecer una continuidad indisoluble entre fenómenos patológicos e irracionales en general, desde el furor maníaco hasta el error de los filósofos, continuidad que permite extender la competencia del médico a la totalidad del sufrimiento humano.

La noción de hombre interior, establece una nueva noción de interioridad para la cual el interior del organismo-república, la sensibilidad altamente individualizada de cada órgano, el vasto conjunto de simpatías que cada uno de ellos mantiene con otras sensibilidades individuales, es tan externo como la acción de de cuerpos extraños sobre los órganos de los sentidos. Aquí el interior no es lo interior al cuerpo, sino al órgano mismo del sentimiento. La psicofisiología, finalmente, se declara ciencia de la interioridad por el descubrimiento de un yo profundo, que reside en la intimidad de la pulpa nerviosa, y cuya acción amenaza siempre con alterar la centralidad del yo consciente, y la comunidad de los órganos en general, en manifestaciones imprevisibles, o peor aún, incontrolables.

Notas

1) Cabanis, Georges: *Rapports du physique et du moral dans l'homme* (1802), Slatkine Reprints, Genève, 1980, página 78. En adelante citado como *Rapports*. La traducción es nuestra.

2) *ibid*, p. 78.

3) *ibid*, p. 47.

4) Esta articulación entre medicina y filosofía era lema principal del vitalismo médico de la escuela de Montpellier. Cfr. Dumas, Charles: *Discours sur les progrès futurs de la science de l'homme* (1803); Barthez, P.J.: *Discours sur le génie d'Hippocrate*, (1801) y Bordeu, Th.: *Recherches sur l'histoire de la médecine*, (1799). Véase al respecto el completo estudio de Moravia, Sergio: "Philosophie et médecine en France á la fin du XVIIIème siècle, *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, LXXXIX, 1972, pp.1089-1151.

5) Haller, Albert von: "A dissertation on the sensible and irritable parts of animals" (versión inglesa de O. Temkin), *Bulletin of the History of Medicine*, IV, 1936, p.653.

6) La relación de la psicofisiología de Cabanis con la filosofía natural de Denis Diderot, ha sido estudiada por Moravia, Sergio: *Il pensiero degli Idéologues. Scienza e Filosofia in Francia (1780-1815)*, Firenze, La Nuova Italia, 1974. Para una historia de la noción de sensibilidad, puede consultarse a Gusdorf, Georges: *La Conscience Révolutionnaire. Les Idéologues*, Paris Payot, 1978 y, del mismo autor, *Naissance d la conscience romantique au siècle des Lumières*, Paris, Payot, 1976. Más recientemente, el estudio de Staum, Martin: *Cabanis. Enlightenment and Medical Phylosophy in the French Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1980. No conocemos trabajos posteriores que traten la psicofisiología de Cabanis con mayor meticulosidad.

7) Cit. por Moravia, S.: *Il pensiero...op. cit.* p.199.

8) Cabanis: "Note sur le suplice de la guillotine", *Oeuvres Complètes... op. cit*, vol II, p.173 nota. Nos limitamos a formular el problema principal de una polémica más amplia en opinones y protagonistas. El artículo original de Cabanis fué publicado en el *Magasin Encyclopédique* en los primeros meses de 1795. A poco más de un año de la caída de Robespierre, la discusión se inicia por un artículo de M. Soemmering en el que se evocaba un suceso especialmente macabro, todavía vivo en la memoria pública: era fama que la cabeza recién cortada de Charlotte Corday había lanzado un espantoso grito de dolor

cuando el verdugo la expuso al pueblo. Cabanis pone en duda la veracidad de la anécdota y no le otorga valor de argumento. Es interesante señalar que el asunto vuelve a excitar la imaginación francesa casi un siglo después, ahora según los cánones de la literatura realista. El problema al que nos referimos es tema principal de un cuento de Villiers de L'Isle Adam, "El secreto del cadalso", publicado en sus Cuentos Crueles (1883).

9) Cabanis, Georges: Du degré de certitude de la médecine (1798), Oeuvres Complètes, Paris, Boussange-Didot, 1824, vol I, p.173.

10) Rappports..., p. 500.

11) Rappports.... pp. 501-502 nota. Subrayado nuestro.

11a) *ibid.*, p. 112.

12) La distinción entre estas dos formas de totalidad es originaria de la Física de Aristóteles. Su incidencia en la ciencia moderna Canguilhem, Georges: "Le tout et la partie dans la pensée biologique" Études d'histoire et de philosophie des sciences, Paris, Vrin, 1968, pp.319-334. Debemos citar aquí dos lúcidos ensayos del mismo autor sobre el tema que nos ocupa: "La constitution de la physiologie comme science", Études..., op. cit., pp.226-273, y "Aspectos del vitalismo", en El conocimiento de la vida, Barcelona, Anagrama, 1976, pp.95-115.

13) Rappports..., p.503.

14) *ibid.*, p.503.

15) *ibid.*, p. 504.

16) *ibid.*, p.503.

17) Rappports..., p.163. Subrayado nuestro.

18) *ibid.*, p. 154.

19) *ibid.*, p.154.

20) *ibid.* p. 149.

21) "No es sólo la naturaleza o el orden de las ideas lo que cambia en los diferentes delirios; los gustos, las inclinaciones, las afecciones cambian al mismo tiempo". Rappports...,p.304. Y luego: "He visto obstinados accesos de fiebre producir, en un hombre cuyos hábitos eran melancólicos en el más alto grado, un cambio completo de humor, de gustos, de ideas e incluso de opiniones. Del más oscuro, devino el más alegre, vivo, casi retozón de todos los hombres..." Rappports..., p.325.